



**EN OTRO
PLANETA**

PORFIRI P. INFÁNTIEV

Porfiri P. Infántiev relata un asombroso viaje a Marte. Es asombroso y fantástico porque básicamente consiste en un viaje de conocimiento y aprendizaje, en este caso de la cultura y sociedad marcianas, sin peleas, batallas ni enfrentamientos cósmicos. Una inmersión absoluta en el corazón del otro, de aquel que es radicalmente distinto a nosotros, desde el momento en que el protagonista, para poder visitar el lejano planeta, debe intercambiar su alma por medio de la hipnosis con un marciano. Ambos trocarán así sus cuerpos y podrán vivir bajo la apariencia de quienes no son en un planeta ajeno. Por descontado, si los marcianos resultan horriblos y monstruosos a los ojos humanos, se nos deja bien claro que los alienígenas sienten el mismo espanto físico al ver nuestras birriosas figuras. Lo hermoso de esta historia es que, junto al protagonista, conoceremos y amaremos esta sociedad lejana y extraña, incluso sentiremos el creciente afecto, la atracción y el amor naciente entre un humano y una marciana de aspecto en verdad horripilante pero de admirables carácter y cultura. Nos enamorará su forma de ser.

EN OTRO PLANETA

Porfiri P. Infántiev

*C'est un samedi, à six heures
du matin que je suis mort.*

ÉMILE ZOLA

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Este libro ya se encontraba en la imprenta^[1], cuando en el periódico Nuevos Tiempos, como en muchos otros después, se publicó lo siguiente:

Si damos crédito a la información publicada en el diario *Le Matin*^[2] por el señor Woldfried Vonwell, el acontecimiento astronómico del año lo constituyen las señales de Marte. Fueron captadas el 8 de diciembre por *Mr. Douglas*, director del observatorio Flagstaff, en el estado de Arizona. Así lo comunicó el rector de la Universidad de Harvard al Centro Astronómico de Kiel, que a su vez radiotelegrafió la primicia a todos los observatorios del mundo; el observatorio de París divulgó igualmente la noticia ante la opinión pública; días después fue publicada en la revista londinense *Nature* y en el *Astronomische Nachrichten*^[3].

En los últimos tiempos, los astrónomos se acercan cada vez más a la convicción de que Marte está habitado, y de que su población –al parecer– pertenece a una civilización superior. Todo el planeta se halla surcado por una red de canales, que harían palidecer las grandes construcciones de los antiguos mongoles, los emperadores chinos o los faraones egipcios. La superficie está cubierta de manchas oscuras, interpretadas por los observadores como mares interiores. Uno de ellos, el que se sitúa más pr-

óximo al meridiano 1, ocupa una extensión equivalente al territorio de Francia y ha sido bautizado como Icaria. Mientras realizaba sus observaciones de esa región, Mr. Douglas se vio sorprendido por un extraño fenómeno: captó de repente una serie de luces dispuestas en línea recta, que se prolongaban algunos cientos de kilómetros. Estas enormes luces estuvieron brillando una hora y diez minutos, para después desaparecer de forma tan repentina como aparecieron. Esa disposición rectilínea de las luces parece indicar voluntariedad, la actividad de alguna inteligencia, lo cual se confirma por la forma sincrónica de aparecer y desaparecer.

Los astrónomos vigilan el planeta estrechamente, y cualquier repetición de estas señales no escapará a su atención. Tienen dos meses por delante, ya que el 22 de febrero Marte entrará en una posición que dificulta su observación.

A los pocos días, siguiendo con la misma noticia, *Nuevos Tiempos* añadió la siguiente reseña:

A raíz de las dudas vertidas en la prensa y en la opinión pública respecto a la veracidad del sensacional comunicado astronómico sobre las señales de Marte, decidimos elevar una consulta al Observatorio Astronómico de la Universidad de Petersburgo, cuyo rector –el profesor S.P. Glazenap– nos reveló el contenido sucinto de este despacho telegráfico, que incluye la nota procedente de Cambridge (Massachusetts) de fecha 8 de diciembre (25 de noviembre^[4]).

Douglas, del Observatorio Astronómico Lowell, telegrafió lo siguiente: «La pasada noche, una señal luminosa se pudo observar durante 17 minutos en el extremo norte del mar de Icaria. Pickering».

Este telegrama de Pickering, director del Observatorio Americano de Cambridge, fue difundido por el departamento de comunicados astronómicos del Observatorio de Kiel el 9 de diciembre (26 de noviembre) en forma de circular a todos los observatorios europeos, incluido el de Púlkov, el más conocido de los centros astronómicos universitarios de Rusia. La misma nota, al igual que el resto de comunicados del Complejo Astronómico de Kiel, fue publicada íntegra en uno de los últimos números de la prestigiosa revista de astronomía *Astronomische Nachrichten*^[5].

Este suceso fue para mí de lo más oportuno. Antes de decidirme a publicar la aventura en que me vi envuelto un día en las montañas del Mont Blanc, estuve dudando mucho tiempo, debido a su carácter extraordinario. ¿Merecía la pena hacerlo? ¿Podría creer alguien en la realidad de lo que me disponía a describir? ¿No me convertiría en el hazmerreír de los lectores? Pero ahora, cuando en todo el mundo civilizado se habla tan insistentemente sobre criaturas inteligentes en Marte que envían señales a la Tierra, puedo sacar a la luz este libro con la conciencia más tranquila.

Ciudad de Nóvgorod, 17 de diciembre de 1900

EL AUTOR

I

En julio de 1887, siendo estudiante, emprendí con uno de mis amigos un viaje a pie por Suiza.

Saliendo de Ginebra y bordeando el lago que recibe el mismo nombre, llegamos al valle del Ródano y, a través del paso de Simplon, alcanzamos el valle de Chamonix, desde el cual pretendíamos –una vez culminado el glaciar Mez de Glace– cruzar las cimas del Mont Blanc, para descender hasta Italia. Era un camino difícil y peligroso, por lo que los turistas que no conocieran bien la ruta por el Mont Blanc, debían llevar guías con escalas, cuerdas, leña y provisiones; a veces era necesario abrirse camino entre los glaciares, ascender por las escalas al borde de las grietas abiertas y los precipicios, dormir a cielo abierto, etc. En aquella época, mi amigo y yo éramos jóvenes e inexpertos. Ni siquiera preguntamos cómo debíamos actuar ante las dificultades y peligros que pudieran salirnos al paso. Nuestro razonamiento era que, si otros habían hecho esa ruta, ¿por qué no podíamos hacer lo mismo? Pensábamos que llevar guías estaba de más, y por otra parte tampoco disponíamos de recursos para permitirnoslo. Como auténticos rusos, en este caso lo dejábamos todo en manos del «azar».

Sin embargo, al encontrarnos en el reino de las nieves eternas, en medio de agrestes y yermos acantilados, sin indicios siquiera de huellas o sendero alguno, comprendimos enseguida que habíamos actuado de forma imprudente. ¿Hacia dónde avanzar? ¿Qué rumbo fijar? Por do-

quier grises acantilados, nieve, glaciares, precipicios, simas... Para no extraviarnos contábamos, por supuesto, con la ayuda de una brújula; pero semejante referencia era a todas luces insuficiente por esos lares. Podíamos vagar mucho tiempo y aun así no seguir por donde debíamos. Por si fuera poco, llevábamos provisiones tan solo para un par de días y nuestra ropa era demasiado ligera para la temperatura que reinaba en aquellas alturas. Regresar suponía reconocer nuestra imprudencia... No, mejor seguir adelante, ¡pasara lo que pasara! Con suerte, de una u otra forma, ¡iríamos a parar a alguna parte!

Y así, superando una tras otra las crestas rocosas, evitando a cada paso los despeñaderos, finalmente nos encontramos tan perdidos que incluso dejamos de ver el camino por el que habíamos llegado. Nuestra situación se volvía delicada por momentos. Entretanto, caía la noche y empezaba a refrescar sobremanera. Con gran dificultad, pudimos recoger los escasos arbustos y la hierba seca que quedaba en las hondonadas del terreno, y que nos serviría como combustible para prender una pequeña hoguera. Llevábamos una lámpara de alcohol de viaje; pusimos a hervir el té, churruscamos algo de carne, cenamos, y más o menos pudimos pasar la noche. Ya de mañana, nos pusimos de nuevo en marcha, a la aventura. Con gusto habríamos desandado el camino de vuelta, pero resultó del todo imposible dar con él. En ocasiones debíamos arrastrarnos o trepar por los peligrosos escarpes, pero no había otro remedio, teníamos que salir lo antes posible de aquel laberinto de rocas, peñascos y glaciares costara lo que costara. Después de congelarnos la noche anterior, no queríamos arriesgarnos a sufrir de nuevo la misma tortura.

Finalmente, a punto de perder el juicio y sin tener idea de dónde estábamos, decidimos escalar hasta una de las nevadas cimas que nos salían al paso, para poder observar desde allí el valle descendente, orientarnos y tratar de encontrar alguna bajada que fuera cómoda.

Dicho y hecho. Apoyándonos en nuestros piolets, iniciamos el ascenso, corriendo el riesgo a cada minuto de resbalar por la endurecida costra de nieve y caer rodando. Voy escalando el primero, y mi amigo me va siguiendo los pasos. Un último esfuerzo y por fin llego a la misma cumbre de la montaña; pero de repente... ¡zas! La capa de nieve se hunde y yo me precipito como un rayo por la vertiente opuesta, hacia la sima oculta por la propia montaña, me encuentro al borde mismo del abismo y me golpeo con algo duro que me hace perder el conocimiento...

Cuando vuelvo en mí, me veo tumbado en un montículo de húmeda nieve, semienterrado; un enorme san Bernardo me estaba lamiendo la cara y junto a mí merodeaban dos desconocidos. Uno de ellos intentaba liberar mis piernas de la nieve que las atrapaba; el otro colocaba cerca de mí una camilla, con la evidente intención de tenderme en ella.

—¡Vaya!, ¡por fin vuelve en sí! —dijo en francés uno de ellos, un viejo alto, vigoroso y con gafas.

Sintiéndome terriblemente débil, había intentado incorporarme, pero al momento me sobrevino un mareo y perdí de nuevo el conocimiento.

Si pasé mucho tiempo en ese estado, lo ignoro; solo recuerdo que me parecía estar escuchando a toda una orquesta y experimentaba una sensación de bienestar innarrable con esa música. Cuando abrí nuevamente los ojos, vi que me encontraba en una sala, postrado en una pulcra cama, en ropa interior. En un sillón a mi lado, estaba el mismo personaje de gafas que había visto antes, cuando recobré el sentido por primera vez. Me estaba observando atentamente y, nada más notar que yo abría los ojos, se dirigió a mí con una amable sonrisa, diciendo:

—¡Ya era hora, joven! ¡Hace rato que iba siendo hora! Es cierto que ha tenido un aparatoso y arriesgado vuelo, pero parece que no presenta lesiones graves; su desmayo

es fruto de la fuerte conmoción sufrida. Espero que no tenga mayores secuelas.

Intenté levantarme de la cama otra vez.

–¡Eh, eh, eh! –me detuvo inmediatamente–. ¡No se apresure! ¡Se lo ruego, no tenga prisa! Necesita tranquilizarse, atemperar sus nervios y sentimientos. De lo contrario puede sufrir una subida de tensión. De momento, le prohíbo terminantemente levantarse de la cama. Así que será mejor que beba un poco de vino para recobrar fuerzas y luego intente dormir.

Diciendo esto, cogió la botella de vino tinto que había sobre la mesa y vertió un poco en un vaso.

–Sí... quedar ileso después de un aterrizaje con salto mortal es algo realmente inaudito –continuó mi locuaz interlocutor– no obstante y por fortuna, usted ha salido bien parado, por lo que ¡le felicito!

–Estoy seguro de que, de no haber estado usted ahí, no habría salido tan entero –reconocí.

–¡Oh, qué va, hombre! Apenas he hecho nada. El azar quiso que en el preciso instante en que usted ascendía a la cumbre de esa maldita montaña, yo estuviera en mi observatorio –argumentó–. De repente miro por el telescopio y veo a un hombre escalando; y también veo que no le irá muy bien y se dirige a una muerte casi segura, pero es imposible advertirle del peligro. El corazón me iba a estallar de angustia... y de repente, ¡catapum! Y pienso, claro está: ¡se ha matado! Llamo a gritos a Joseph, mi asistente, cogemos el perro y la camilla, aunque solo sea para retirar el cadáver del alud, y cuál no sería nuestra sorpresa y emoción al ver que había salido vivo ¡y hasta incólume!

–Pero, camarada, dígame, por amor de Dios, ¿qué ha sido de mi amigo? ¡Si me vieron a mí, por fuerza tuvieron que fijarse también en él! –exclamé alzando la voz, alarmado por el recuerdo de mi compañero.

–¡Tranquilícese! Su amigo también está sano y salvo. Cuando usted se precipitó desde la traicionera cima neva-

da, hasta la cual –por suerte– no había tenido tiempo de llegar su amigo, no le quedaba otra que darse la vuelta y descender. Cuando le trajimos a usted hasta aquí, quería enviar a Joseph a por su compañero, pero resultó que se había encontrado con unos turistas y creímos que ya no necesitaba nuestra ayuda para encontrar el camino. Seguramente estará intranquilo pensando en la suerte que haya corrido usted; es previsible que organice una búsqueda, pero ahora ya da lo mismo. Pasado mañana Joseph irá a Chamonix a comprar provisiones y de paso le acercará hasta allí; pero ahora es nuestro invitado y necesita descansar como es debido para reponer fuerzas.

–Permítame saber, buen hombre, con quién tengo el honor de conversar y a quién debo tan cordial hospitalidad.

–Me llamo François Rochas y soy doctor en filosofía –respondió el anciano.

A su vez me presenté y nos dimos un fuerte apretón de manos.

Después de un segundo vaso de vino, ofrecido amablemente por el doctor, me invadió un intenso sopor, se me empezaron a cerrar los ojos y ni siquiera recuerdo cómo me quedé dormido, mientras mi atento cuidador abandonaba sigiloso la habitación y me dejaba solo.

Creo que dormí bastante tiempo, porque cuando desperté el día ya iba cediendo ante la llegada de la noche. En el cuarto no había nadie más conmigo. Me levanté de la cama, descansado y sin dolor alguno, salvo punzadas en el estómago, ya que desde esa mañana no había probado bocado en todo el día.

La sala en la que me encontraba debía ser por lo visto el despacho del doctor. Frente a una de las ventanas había un gran escritorio, atestado de notas y libros. En una de las paredes, una enorme vitrina igualmente repleta de arriba abajo de papeles y cuadernos. En un rincón una pe-

queña mesa para el aseo, con una palangana y un jarro de agua limpia.

Una estrecha escalera de caracol ascendía hasta un mirador. Me lavé, me vestí y pasé a la habitación contigua, con la esperanza de encontrar a mis anfitriones, pero ni en ese espacio ni en la cocina había nadie. Me asomé a la ventana, pero en las cercanías no se veía ninguna otra vivienda. Entonces, tras volver al despacho, decidí subir por la escalera hasta el observatorio esperando encontrar al doctor, pero tampoco estaba allí. Eché entonces un vistazo desde la torre al panorama que se extendía frente a mí, y me quedé boquiabierto por la emoción y la sorpresa. ¡Sería difícil imaginar un espectáculo tan grandioso y expresivo como el que tenía ante mis ojos! El sol, cercano ya al ocaso, bañaba con sus rayos todo ese paisaje con una tonalidad rosáceo-purpúrea, otorgándole un aspecto melancólico y ensoñador^[6]. [...]

Una vez embebido por la contemplación de tan maravilloso espectáculo, del que era difícil apartar la mirada, decidí inspeccionar con más detalle el lugar que daba cobijo al observatorio. Era evidente que había sido elegido de forma cuidadosa para que quedara completamente oculto a las miradas de los curiosos e importunos turistas. Solo así se explica que nada le hubiera sido revelado a nadie sobre su existencia.

Para empezar, estaba emplazado en una cima secundaria del Mont Blanc, precisamente en aquella cuyo aspecto resultaba menos atractivo como reclamo para el turismo de escalada. En segundo lugar, el propio edificio en el que se encontraba la atalaya de observación se erigía en una pequeña depresión formada en la cima, de modo que desde abajo era totalmente invisible a las miradas ajenas. Por si fuera poco, estaba pintado de blanco, por lo que no resaltaba entre las nieves circundantes ni aún a corta distancia. Únicamente el propio observatorio, es decir, la torre con la cúpula de cristal, sobrepasaba la cota superior

de la montaña, aunque de tal forma que desde allí se obtenía una vista magnífica de los alrededores, por no hablar de la visión ilimitada del firmamento. En cambio, desde abajo solo se podía distinguir con un potente catalejo, y eso sabiendo de antemano su ubicación. El lado desde el que se podía divisar mejor limitaba con una profunda sima abierta en la montaña, y desde la otra cara era del todo inaccesible para la escalada, de tal forma que ambas servían de cobertura.

Una vez estudiado el emplazamiento del observatorio, me concentré en examinar su interior.

Por dentro, nada en particular lo distinguía de otros que había visto: los mismos instrumentos y aparatos. Lo único diferente era que junto al telescopio principal se hallaba instalado otro tubo de diámetro mucho más pequeño, pero bastante más largo. Su extremo exterior sobresalía por fuera del cristal de la cubierta, mientras que el interior estaba cerrado con una tapa a rosca, como cualquier otro telescopio. Con la intención de observar a través de él, desenrosqué la tapa, pero nada más acercar el ojo a la abertura, oí de repente junto a mí una voz del todo desconocida, expresándose en un perfecto ruso:

–¡Hola! Bueno, ¿qué tal se encuentra después de su vuelo acrobático?

Sorprendido, me volví, pero decididamente no había nadie más en el observatorio aparte de mí.

«¿Pero qué es esto? ¿Será una alucinación?», pensé instintivamente.

–Seguramente estará confuso, al no ver a nadie que hable con usted –continuó la misma voz.

–Sí, lo reconozco. ¡Y en grado sumo! –respondí.

–Es obvio –prosiguió mi enigmático interlocutor–. Y aún se sorprenderá más, cuando le diga que con usted está hablando alguien perteneciente a otro mundo totalmente diferente; soy un habitante del planeta Marte y me

encuentro a una distancia de usted de por lo menos 70 millones de verstas^[7].

—Por supuesto, puede usted bromear cuanto quiera —respondí—, pero yo sigo atónito e incapaz de comprender dónde está y con quién tengo el gusto de conversar.

—No es ninguna broma; se lo aseguro, me encuentro en Marte.

Me hacía gracia, y al mismo tiempo me indignaba que, sin venir a cuento, alguien que me era totalmente desconocido se tomara la libertad de burlarse de mí con tanta familiaridad.

—No obstante, señor habitante de las estrellas —dije, adoptando el mismo tono socarrón para intentar ocultar mi enojo—, antes de ir a parar a Marte, seguramente debió pasar largo tiempo en Rusia, ya que domina a la perfección el idioma.

—Ni una sola vez he estado, pero aquí, entre nosotros, muchos sabemos todas las lenguas y dialectos de la Tierra. No se esfuerce en buscarme —añadió, como si pudiera ver que estaba escudriñando cada rincón del observatorio, sin acertar dónde podía ocultarse mi compañero de charla—. Le estoy hablando por medio de ese tubo, cuya tapa acaba de desenroscar. Es una invención del doctor Rochas, su anfitrión. Si vuelve a cerrar el tubo, ni usted ni yo tendremos posibilidad de comunicarnos.

Me fijé involuntariamente en el tubo y cuál no sería mi asombro, al comprobar que la voz que hablaba conmigo procedía efectivamente del aparato, cuyo extremo exterior apuntaba en la dirección en que había de encontrarse en planeta Marte. El cilindro era tan estrecho —no más de un *vershok*^[8] y medio de diámetro— que de ningún modo podía ni imaginar a mi interlocutor oculto en él. En el tejado del edificio tampoco podía estar, ya que la cubierta era de cristal y permitía una visibilidad completa.

«¿Pero qué diablura es ésta?! —pensé, sintiéndome estúpido, como si fuera un crío al que su niñera le gasta la